

siones de entonces: el sol dorando con suave caricia las ramas de los olmos; dos niños juguetones y sonrientes, que pasan ante el banco donde estamos sentados; una muchacha rubia, de destrenzados cabellos, que en la vecina fuente hunde los brazos, mientras usted diserta doctamente sobre los diálogos de Platón... ¡Bellos contrastes entre la vida de las cosas y la de las ideas!

Mi libro es un libro honesto y sereno. Si en él hay dolor e ironía, hay también amor.—Y como el nombre de usted es para mí símbolo de la más pura honradez intelectual y emblema de feliz consorcio entre el saber y el bien, permítame que lo ponga en el pórtico de este relato novelesco, en prenda de la admiración y del cariño que le tengo.

C. González Peña.

México, 1915.

LA FUGA DE LA QUIMERA

Qui sait s'il est permis
d'éveiller ceux qui dorment;
surtout quand le sommeil
est innocent et doux...

M. MAETERLINCK.

I

Faltaban minutos para la salida del tren cuando llegaron a la estación de Buenavista.

No era numeroso el cortejo que rodeaba a los novios. Que casi en totalidad pertenecía a empingorotada clase media, lo denunciaban lucidos sombreros de copa y coruscantes toaletas. El modesto atavío de dos mujeres que en tan distinguido grupo se destacaban; y, más que todo, la diferencia de años entre ambos cónyuges, a leguas acusaban, sin embargo, que acababa de efectuarse no un matrimonio de igual a igual, en reciprocidad de amor y fortuna, sino acomodaticio enlace en que la ancianidad se disfraza con máscara de oro, y disimúlase,

a su vez, la pobreza, con lozanas y acicaladas galas de juventud.

Sofía Lavín, la desposada, mostraba aquella tarde algo descaecidas de color las apañadas mejillas. Sus grandes ojos negros, circuidos de leves ojeras, por su animación y brillo revelaban cierta inquietud. Con guiños y sonrisas respondía a los cumplidos de sus amigos, mientras sujetaba con la diestra su bolsita de viaje, cuya amarillez flamante de cuero de Rusia se acentuaba sobre los pliegues de la gruesa falda azul; y a menudo prorrumplía en risas argentinas que embozar pudiesen su propia nerviosidad y timidez.

—¡Encantadora!— decía, tartamudeando, e coronel Alcalá, a tiempo que daba palmadita en el hombro del recién casado, su antiguamigote don Miguel Bringas. Luego, dirigiéndose a éste, con marcial brusquedad, añadía: —¡Mentira parece que el corazón se conserve tan fresco mientras la cara se arruga, hombre! Viéndote, da gana de enviudar y colarse de nueva cuenta en la plaza sitiada...

Don Miguel escuchó la reflexión con orgullo. Sentíase, en efecto, renacer, bajo de su corpórea vestidura de sesentón.— Se alisó las grises patillas; limpióse con el pañuelo de seda la calva sudorosa; y poniéndose el sombrero claro y afianzando los lentes en la aguileña nariz, declaró:

—No creo que piense lo mismo Lola...

—¡Me preocupa muy poco; si viera usted!—replicó la aludida, una señora apergamina-da, vivaracha, con grandes chapas en las mejillas y una «toca» sobre el pintado pelo, la cual, por lo gaya y juvenil, contrastaba con la extrema decadencia de su dueña.— Bien dicen que Dios no da alas a los alacranes...

Celebraron la ocurrencia los presentes. Con

un «¡ah, qué mamá!» las dos hijas de la interpelada, Elisa y María Alcalá, quienes no cesaban de mirarse maliciosamente, haciendo el inventario moral de la nueva pareja. Y con frases de agudo oportunismo el senador don Manuel Ondarza y Perrín, que prestaba al concurso la respetabilidad de su panza de cincuentón bien cebado.

Tan sólo se abstuvieron de comentario alguno dos grupos que, respecto del anterior, se hallaban perfectamente deslindados. Formaban el uno Julia Bringas, la hija única de don Miguel, que con su prometido el joven abogado Jorge Bazán y su tía Amelia sostenía desmayada plática; y estaba integrado el otro por una señora gorda y mofletuda, de peludas cejas grises y bozo que más parecía bigote, la cual señora, teniendo a su lado a una muchachuela como de dieciocho años, rubia y coja, concretábase a oír deferente cuanto los pájaros mejor emplumados de aquel cotarro discurrían.

A éstas habló la joven esposa, risueña y amable, como si en su alegría la apenase olvidarlas:

—Mamá, no vayas a echar en saco roto mis encargos. Las esquelas, sobre todo. Hay que enviarlas a las personas que te recomendé... ¡Y tú, Rosa María—agregó, besando a la cojita—, cuidado con que vuelvas a soltar el trapo! Espero que cuidarás mucho de mamá; y es preciso que estés contenta...

Se anublaron los ojos de Rosa María al escuchar tales palabras. Y algo dijo al oído de su hermana; pero tan quedo y entrecortado, que aquélla apenas pudo entenderlo.

Entretanto, en el andén, crecía el bullicio. Se sucedían órdenes y gritos. Los viajeros retardados pasaban corriendo, con maletas, canastas y mil trebejos a cuestras. Corrían, igual-

mente, las carretillas rebosantes de equipajes. Grupos de familias charlaban a voces con los pasajeros asomados a las ventanillas. Y por cima de tanta zambra y barullo percibíase, trepidante, el gemido del vapor que en nítidas vedijas arrojaba la locomotora enganchada al largo convoy.

De pronto, Sofía, viendo que descendían del *pullman* los cargadores encargados de poner en el gabinete el indispensable equipaje, interrogó a su marido, sofocada:

—¡Y mis rebozos, Miguel? ¡Y mis rebozos! ¿Los metiste en la «petaca»?

Bringas la miró, consternado. En la confusión de poco antes habíase olvidado de que añadieran al bagaje nupcial la rica colección de rebozos que a su mujer ofrecieron las Alcalas como regalo de boda.— Se excusó, con gravedad, cual si se tratase de un negocio echado a perder—. El rumboso matrimonio en Santa Brígida; la subida, por las escaleras de la fotografía, hasta el quinto cielo; la comilona «camachesca» —como decía Ondarza y Perrín—, celebrada en Chapultepec, y los mil y un preparativos del viaje, habían dejado al pobre señor tan laxo y aturrullado, que ignoraba dónde tenía, a estas horas, la cabeza.

—¡Ay! Lo siento mucho... —replicó la recién casada, reprimiendo sincerísimo enojo—. ¡Fígúrense, muchachas —comentaba con las de Alcalá—, ir al campo... ¡y sin rebozos!

—Lucirá usted, señora, con mayor garbo, el cuerpo libre de tapujos—, aseguró Ondarza, olvidándose de que hablaba con la esposa de Bringas y no con la antigua empleada.

Discurrióse entonces acerca del viaje. Era a principios de 1910, y la pareja se encaminaba a Lagos, en el Estado de Jalisco. Querían pasar su luna de miel alejados del ajetreo y bullicio

que en aquella sazón alborotaba a México, con motivo del primer centenario de la Independencia.

En eso estaban cuando sonó la campanada anunciadora de la salida del tren. El movimiento y la confusión llegaron a su máximum. Hubo abrazos y apretones de manos, con el obligado estrambote de lágrimas, que suelen ser copiosas en las estaciones de ferrocarril. Sofía despidióse sin poder disimular su secreta emoción. El besuqueo para las damas y los efusivos saludos a los caballeros se prolongaron con deshilvanadas frases de aturdimiento, hasta que, una vez dentro del vagón, acodóse en la ventanilla, con el velo del sombrero echado hacia la frente.

Más sereno, aunque menos parco que ella en efusiones, fué don Miguel. Abrazó a su hija, en cuyos grandes ojos pensativos brillaban lágrimas. Tuvo frases cariñosotas y sonrientes para su suegra, y menudeó halagos a la cojita, que, muy seria, en pugna con el mal reprimido llanto, cogíase del brazo de su madre.

Y partió el tren. Su silueta, endrina hubo de esfumarse, lentamente, en la tarde gris. Sólo la luz roja de las linternas que pendían del vestíbulo del último vagón se percibió al fin, en la penumbra del declinar vespéral.

Separáronse los grupos de acompañantes de los novios, como separados estaban en la vida social. Jorge Bazán tomó del brazo a su prometida y a su presunta tía política. Echó a andar Ondarza y Perrín con los Alcalas, camino de casa. Rosa María y su madre se quedaron atrás.

—Pero ¡qué cabeza destornillada la de Miguel!—decía el senador a su compadre el coronel—. ¡Haberse casado con su taquígrafa!

Salían entonces del andén. Alcalá repuso:

—¡Qué quiere usted! Después de vejez... víruelas. A nuestra edad, los líos sentimentales así pueden resolverse a espaldas de la iglesia, como delante de juez y cura... ¡Todo depende del cacumen de la blanca paloma! ¡Esta que voló tiene mucho, amigo!

Por su parte, Elisa cuchicheaba con su hermana:

—Bonita sí es; pero lo cursi nadie se lo quita a la pobre...

—¿Te fijaste —observó María—, en los modos demasiado violentos y expresivos que tiene? ¡Un fuego! No se le quita todavía el polvo de la máquina de escribir...

Pasaban por entre una doble valla de agentes de fonda, gendarmes y mozos de cordel, en las afueras de la estación, cuando Jorge Bazán, reparando en el mustio semblante de su prometida, le dijo:

—Hay que resignarse, Julia... Tu padre no hizo voto de viudez. Calma y discreción. Los sentimentalismos son de mal gusto. No quiero ver más esa carita de Dolorosa...

Aprobaba la tía Amelia con movimientos de cabeza, a tiempo que la muchacha confesó:

—Tienes razón, sí... Lo hecho, hecho está. Y tú me bastas para olvidarlo todo.

Al salir de la estación, la cojita propuso a su madre que anduviesen un trecho a pie. La tarde era fresca y convidaba al ejercicio.

—Ya se fué una, y acaso no dilate en irse la otra... —pensaba la gorda señora, marchando por la acera henchida de gente cuyo vocerío no acertaba a opacar del todo el traqueteo acompasado y monótono de la muleta de Rosa María.

—¿Yo, mamá? —interrogaron, sonrientes y luminosos, los ojos ingenuos.

—Sí, tú... No te creas que soy de palo, y que

no tengo ojos para ver ni orejas para oír. Ya, ya me estoy enterando del objeto de las visitas del mosquita muerta de Sixto... Y no está mal, no; apruebo, apruebo... Sólo que yo hubiera preferido... ¿Has visto qué suerte la de Sofía? ¡Hija de mi alma! Pero ya se ve: tú no podrías aspirar a cosa semejante... Dada tu enfermedad —y aquí doña Eduvigis percibió más distintamente el traqueteo de la muleta—, tienes que conformarte con un cualquiera...

Contuvo un suspiro la gruesa señora; enmudeció Rosa María. Sobre el cielo, a lo largo de las calles de Mina, los globos eléctricos, uno a uno, se destacaban, cual desmesurados ópalos.

Y las dos se perdiéron, en la tarde gris.

II

Hasta San Juan del Río el viaje se hizo sin incidentes. Mientras no cerró la noche, entre-túvose Sofía en contemplar el camino. En las montañas fulgían las últimas radiaciones de un crepúsculo ostentoso, anunciador de los de otoño: ancha franja de amaranto y rosa, que se fundía en el azul de la crestería lejana.

Una vez traspuesto el valle, tornóse el paisaje monótono: dilatadas planicies, raquíticos arbolados aquí y allá, casuchas que se difuminaban en la sombra.— Bien pronto la joven señora se cansó de mirar. Advirtió de reojo que Bringas, sentado junto a ella, se enfrascaba más y más en la lectura de los periódicos de la tarde.— Suspiró, pensando—sin atreverse a definirlo del todo—, que los maridos mozos no suelen interesarse tanto por la prensa, en viaje de bodas. Púsose a contar los postes del

telégrafo que desfilaban, en vertiginosa fuga, y al fin acometió también la lectura de una novela de Marcel Prévost, que consigo llevaba, la cual había interrumpido días antes del casorio.

Gritos de vendedores y voces plañideras de mendigos, así como rasguear de guitarras de ciegos estallaron cuando en San Juan del Río se detuvo el tren. Don Miguel, que, conversando a ratos con su mujer, no había abandonado del todo el chismorreo periodístico—entusiasmado con los brindis que el día antes pronunciaron Polavieja y el marqués de Bugnano en un banquete oficial—, dejó a un lado los periódicos; se estregó los ojos; limpió sus quevedos hasta dejarlos relucientes; y, levantándose, exclamó:

—¡San Juan del Río! ¡Vaya qué pronto hemos llegado! ¿Quieres cenar, niña? Bajaremos al *restaurant*.

—No, no tengo ni tantito así de hambre. Cenaremos mejor aquí, en el gabinete, más tarde.

Su cara golosa, no obstante, se iluminó de súbito al escuchar la vocinglería de los vendedores: —«¡Tamales calientes! ¡Pooollo! ¡Un jarriito de leche! ¡Aquí está la leche, ¡amo!...»— ¿Se atrevería a decirlo? Le había entrado el antojo de los tamales. La antigua chicuela de vecindad resucitaba. ¡Estarían tan buenos: doraditos, esponjados, bien olientes! De seguro los habría de dulce y de chile. A ella le agradaban más los de dulce. Por lo menos, no pican tanto...

Don Miguel adivinó el soliloquio con la clarividencia de un galán de veinticinco abriles.

—Anda... ¿Quieres?

Sofía sonrió, poniéndose colorada. Quería, sí. Lo que estorbaba a su antojo era el temor de que alguien la viese a ella, a la esposa de don Miguel Bringas, ni más ni menos que comiendo tamales.

—Pero ¿qué tiene de particular, hija? ¿Qué tiene de particular? Abrase la ventanilla, llámese a la tamalera, cómprense los tamales... ¡y *pax Christi!*... —arguyó él, abandonándose a su común manera de expresar en subjuntivo sus más vivos sentimientos.

Sofía se opuso terminantemente a lo propuesto. Don Miguel salió a desentumecer las piernas, caminando un poquito, según dijo. Momentos después aparecía, radiante, con el júbilo de un colegial en su faz respetable, mostrando orgulloso, envuelta en un papel grisiento, la ambicionada golosina.

—¡Miguel! ¡Miguel! ¡Ah, qué tú! Pero ¿qué has hecho? Mira que ir a molestarte... —exclamó la guapa hembra, sorprendida y confusa.

—Come, niña tonta; come, tesoro... ¡Están ricos!

Y don Miguel, que necesariamente debía abstenerse por su dispepsia, la vió despachar, con gesto engolosinado, a menudas dentelladas, los tamales de San Juan del Río. Masticaba satisfecha, con la boca brillante de grasa, engreída de secreta vanidad al darse cuenta de que su esposo en persona acudió solícito a su capricho.

Todo aquel día había sido de victorias para la rozagante señora. —¡Como que no tan fácilmente se llega, de la simple condición de empleada, a dar mano de esposa al dueño de una espléndida y acreditada casa comercial de México!— El altar engrinaldado de blanco que Sofía viera por la mañana, en una atmósfera embriagadora de incienso y de gardenias, representaba el triunfo definitivo que abría un risueño capítulo en la historia de su precaria vida anterior. ¿Qué era ella, tres meses antes de entrar en el rumboso templo de Santa Brígida? Una pobretona; no más. —Al morir su padre, don Jacobo Lavín —o *Lavincito*, como

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1928 MONTERREY, MÉXICO

le llamaban en la Secretaría de Gobernación, donde al cabo de treinta y ocho años de servicios ascendió a jefe de sección—, ella, su madre y su hermana, acostumbradas hasta ahí a las dulzuras de la nómina, quedaron en la calle. El fiel servidor de la nación fallecía dejando más picos que tener pudo una custodia. —¡Adiós piano! ¡Adiós modesto ajuarcillo de Viena! ¡Adiós camas de metal, y tapetes, y cortinas! ¡Adiós criados, y buen comer, y elegante vestir, y palcos en el teatro pagados a costa de que Lavincito se entrapara con los feroces agiotistas del Ministerio!

De golpe y porrazo fueron a parar en una hórrida vivienducha del centro de la ciudad. ¡Fortuna que doña Eduvigis sabía apechugar con los trances difíciles! Vendió cachivaches y saldó las deudas que no podían dejar de saldarse. Convirtiéndose, como por arte de magia, en corredora de alhajas, pues que a ello le ayudaban las relaciones adquiridas en años de relativa holgura. Quieras que no, inscribió a las niñas en dos escuelas: Sofía fué a la «Miguel Lerdo», para aprender escritura en máquina y taquígrafía; entró la cojita en la de Artes y Oficios, en vista de su innegable afición a las flores artificiales.

A la vuelta de un par de años el presupuesto empezó a cubrirse. Se podía comer y vestir sin dar sablazos a nadie. —¡Oh! Lo que Sofía penó en bufetes y oficinas... Como era de buen palmito: morena apiñonada, con aquellos cabellos negrísimos y quebrados, aquellos ojos húmedos de sombra, aquella naricilla delgada y nerviosa, y aquella boca de gruesos y rojos labios,—notarios y comerciantes se interesaban, más que por su trabajo, por su cara. Así, no fueron pocos los manazos que dió y las despachaderas que tuvo, en su constante rodar por

tugurios de mercaderes y litigantes. Un secreto instinto hacía que se conservara pura; y antes consintiera en deslomarse frente de la «Oliver», que no en que nadie le tocara un pelo de la cabeza.

Paró por fin en la casa de Bringas y Cía., de la calle de Capuchinas. Después de su purgatorio, aquél era su paraíso. Entró en él merced a los buenos oficios de Sixto Beltrán, el amigote de ella y de su hermana, que allí servía. Se acordaba aún de la frase con que Beltrán le había anunciado la buena nueva: —«¡Albricias, Sofía! ¡Albricias! Te tengo una cosa buena...»

¿Cómo, por obra de qué estupendo milagro, la empleadita que ocho meses antes se presentó en la calle de Capuchinas, temerosa y modesta, con su blusa de seda guinda y su falda negra un tanto raída, y los tacones de las botas un si es no es gastados, se trocaba en dueña y señora del patrón?

Ni Sofía misma acertara a explicárselo, ahora que miraba a don Miguel, el cual extraía del maletín sus inseparables píldoras antidiabéticas.

—¿Gustas?—interrogó él, mostrando dos entre el pulgar y el índice de la diestra, y disparándolas después camino de sus abiertas fauces—. No hay medicamento mejor —añadió, luego de haber dado varios sorbos de agua cristalina.

El tren seguía a toda velocidad su marcha. Tan oscura era la noche, que a través de la ventanilla no se distinguía nada, como no fueran incandescentes chispas pérdidas en la sombra. De vez en cuando ofase, lejano, rudo portazo. El movimiento del vagón era suave, y dulce y monótono el inacabable girar de las ruedas.

Don Miguel sentóse a la vera de su linda cónyuge, y la enlazó discretamente por el talle.

—¡Qué felicidad tan grande hallarnos solos! ¿Estás contenta? De mí sé decirte que me siento otro, como si me hubieran quitado veinte años de encima... ¡Claro! Con una mujercita como tú...

Y alargó los labios.

Era el primer beso. El primer beso que apenas si alcanzó a posarse sobre los ricillos sedosos de la nuca de Sofía, quien, débilmente, se esquivaba, sonrojada, con un no sé qué de malestar en el semblante.

—Me tienes miedo, ¿no? Ya me irás conociendo, y me querrás, estoy seguro, porque no soy malo. Me propongo ser para ti, más que un marido, un padre... Pasen los años, bórrense las diferencias de edad con el común trato, y a la Sofía de mañana la veré harto distinta de esta desdeñosa de hoy...

Púsose aún más colorada Sofía. Venía a su memoria la recomendación materna: —«¡Mucho tacto, niña; mucha prudencia! Por nada te asustes. Acarícialo y déjate acariciar, que para eso es tu marido...»— Súbitamente la inundó una oleada de agradecimiento para aquel hombre dispéptico, de patillas grises, que la miraba tan bondadosa, tan dulcemente, sin reprimirla por su frialdad. —Además, ¡estaba tan bien allí, en aquel rinconcito tibio, cómodo, bien oliente!

—No, Miguel, no, te equivocas. Yo te quiero... ¡Has sido tan bueno!

Y ofreciéndole sus labios carnosos y frescos, se dejó besar, mansamente.

Cenaron. Pese a los tamales tenía Sofía un apetito endiablado. Los macarrones estaban excelentes. No podía pedirse cosa mejor en punto a bisteques. Y el rojo Borgoña, en las

copas que de tan frágiles se antojaban suspiros del cristal, exhalaba un olorcillo mareante.

—¡Ya verás! ¡Ya verás! —decía don Miguel, trinchanto como si no se acordara de sus alifafes—. ¡Ya verás qué bonito es Lagos! Tierra de hidalgos. Una ciudad chiquita, con preciosos contornos... ¿Te gusta el campo?

—El campo... te diré... sí... Aunque, ¿te imaginas cómo resultarán en México las fiestas del Centenario? Bailes, *garden-partys*, desfiles... ¡La mar!... ¿Y has visto cuántos embajadores vinieron? No era nuestro país, para el mundo, la última casa de Tuxcueca, a lo que parece... Yo los vi. ¡Qué uniformes, eh! ¡Y los penachos de plumas blancas! A mí me encantan los penachos... Así andaban las gentes en la Edad Media, según cuentan. Así andaba Artagnan... ¿Conoces *Los tres mosqueteros*?

—¡Qué voy a conocer, hija! Ni me hables de esas cosas... Como me he dedicado a buscar el «pipirín», me preocupo muy poco de la amena literatura.

—¡Ay Dios, qué hombre! —rió la muchacha, con unos colores en las mejillas y un brillo de ojos de los que bastante culpa tenía el vinete apurado—. A mí sí me gustan los libros... ¡Oh, soñar, qué hermoso es soñar!... Pero, sobre todo, dame aristocracia. Me choca lo plebeyo; lo detesto. ¡Lástima que sea tan tonta y tan ignorante! Cuando volvamos me pondré a aprender algo: francés, música, pintura... algo para no desmerecer de Julia... Por eso te decía que me hubiera agradado quedarme a los festejos del Centenario. Cuando una anda entre oro, algo se le pega.

Don Miguel celebró sus ocurrencias. —No; ¿a qué quedarse en México?— Mejor pasarían su luna de miel en Lagos.

—Deseo que te conozca mi familia. Quiero

que te naturalices en esa tierra, que fué la de mis mayores. Visitarás las propiedades que allá tengo. Estoy seguro de que ha de encantarte *El Naranjal*.

—¿Se dan allí muchas naranjas? —interrogó Sofía, curiosa.

—¿Naranjas? No, creo que no... Agrias, si acaso... Lo que se da es una leche exquisita. El establo es una bendición de Dios.

Harto desconfiada de los proyectos bucólicos de su marido se acostó Sofía. Mientras efectuaba esta delicada operación, Bringas salió a despachar un puro, en el *fumoir*. Al volver, viendo que estaba ella hecha un ovillo en el extremo opuesto de la cama, y que parecía dormir con respiración quieta, el buen señor se conformó con su suerte, y hubo de renunciar a los diabólicos proyectos que había tramado, mientras saboreaba el tuxteco. Suspiró, pensando que sería mejor aplazarlo todo para cuando arribasen a *El Naranjal*. —Y echándose vestido junto a ella, durmió el sueño de los justos.

III

La vivienda que las Lavines ocupaban, desde que pasó a mejor vida don Jacobo, hallábase en el interior de un caserón colonial de la calle de la Amargura, frente por frente del callejón de Altuna. En ese vetusto caserón —por mil títulos memorable en la historia del México viejo—, de recia fachada churrigueresca, de achaparrados balcones y ancho zaguán de desvencijada puerta, había llorado doña Eduvigis, con su viudez, la desaparición del hombre ilus-

tre que, según ella, caso de haber continuado adherido al pupitre oficinesco, como el molusco a la roca, habría dado honor y lustre a la patria en el importante ramo de la Gobernación. Allí también las niñas supieron lo que va de la existencia cómodamente vivida al amparo de las decenas, a la fatigosa brega por el pan, cuando no le hay en casa y preciso es ir a buscarlo por las calles indiferentes, inmutables.

No brillaban por su bonanza, ciertamente, los inquilinos de aquel palacio, antiguo albergue de pompas cortesanas. Fuera de los que habitaban la vivienda principal, los otros eran gentecilla de poco más o menos. Aquí veíase a un zapatero remendón, claveteando sin cesar junto al quicio de la puerta. Más allá a un sastre, pálido y barbudo. En el rincón a un par de muchachas que durante el día eran costureras y por la noche se dedicaban a oficios pecaminosos y oscuros. En la vivienda de junto, en el 6, a un barítono afónico que, a falta de contratas, consagraba sus ocios a probarse constantemente la voz, ríspida y cavernosa... ¡Y por todas partes chiquillos! Chiquillos de todas edades y tamaños, vestidos y a medio vestir, gritones, traviesos, endemoniados, que daban no poco quehacer a sus mamás, y mucho mayor a la mujerona que en la puerta del zaguán aderezaba y vendía «pambazos».

Las Lavines, andando el tiempo, llegaron a conformarse con su mediano pasar, tan sólo con que se miraran en el espejo de los demás. Hacían vida apartada y recóndita. No podían olvidar los días felices de abundancia que disfrutaron al lado del jefe de sección. Se consideraban de clase diversa a la de aquella gentualla, y por más se tuvieron en cuanto el carruaje nupcial, cubierto de azahares y tirado